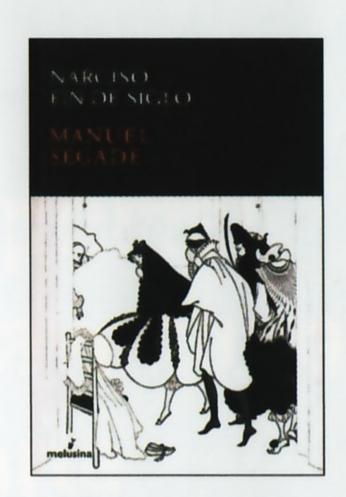
Narcisos en blanco y negro

Cuenta el poeta cómo la ninfa Liriope, violada por el río Céfiso, dio a luz a un niño al que llamó Narciso. Un hermoso niño al que Tiresias, que había sido castigado por una vengativa Juno con la ceguera y premiado por un compadecido Júpiter con el don de la adivinación cuando dio la razón al dios, en la disputa que los enfrentaba y que había sido llamado a dirimir por haber sido hombre y mujer, al confirmar que era el hombre el que disfrutaba de un placer erótico más intenso, había profetizado que viviría mucho siempre que no se viera a sí mismo. Un destino que el tiempo confirmaría cuando siendo ya un efebo y ante las peticiones de venganza de la despechada Eco, Cupido le clavó la flecha del amor mientras se miraba en la superficie de una fuente, enamorándose al instante de su reflejo. Desesperado por no poder alcanzar nunca el objeto de su pasión, su huidiza imagen en el agua, poco a poco se fue consumiendo hasta adquirir la forma de una flor.

Es la influencia de este mito que narrara Ovidio en sus Metamorfosis y ya no bajo el signo de Saturno, bajo la que Manuel Segade ha puesto el fin de siglo en este ensayo sobre historia de la cultura. Un fin de siglo que duró más de cien años -por qué no invertir, como la imagen reflejada, los términos-; un fin de siglo que Mario Praz en La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica, origen de este libro, llevó desde ese neoclasicismo al que le quedaba poco de clasicismo al simbolismo -por qué no contar la Historia, la historia, al revés, À rebours, a contrapelo, contra natura-, esos años finales del siglo XIX que no eran sino los últimos acordes de una melodía en la que el romanticismo, nacido en otro fin de siglo, se había convertido



Narciso Fin de Siglo. **Manuel Segade** Melusina, Barcelona, 2008.

347 páginas. 23,50 euros. en un bajo, no continuo como en el barroco, o no del todo, que la invadía y la sostenía; esas últimas décadas de un siglo en decadencia como Venecia, moribundo como Brujas, ciudades que se contemplaban agónicas en el agua de sus canales, siempre el reflejo, el juego de espejos, sobre el que se construiría, o se pretendió construir, eso que se ha querido pensar nuevo, que se ha dado en llamar vanguardia, que se ha pretendido definir como modernidad. Un periodo de narcisos en blanco y negro, el del traje pero también el de la tinta sobre la página, una época de hombres –Eco fue excluida, ha sido excluida casi de la narración, aunque ella también se encontró en el espejo y empezó a recuperar esa voz que se le había negado, que se le seguía negando- que vuelven los ojos hacia sí mismos, que se quedan absortos en el retrato que forma el marco alrededor del cristal con azogue, autorretratos del yo que se construyen desde un yo igual de construido, tan construido como esa fotografía de Oscar Wilde travestido de Salomé, muy valiosa para el relato, tanto que nunca existió, era falsa, falsa como el retrato de Mr. W. H. sin el que no habría cuento, era la fotografía de una vulgar cantante de ópera disfrazada, ¿pero acaso importa? Porque la historia de esos años se crea no sólo a través de las palabras, que escapan, o las imágenes, inciertas, sino a partir de algo mucho más difícil de aprehender como son los gestos, los gestos del dandi, del cuerpo recuperado del dandi, ese que se esculpió y pintó como si se tratara de una obra de arte y con el que, casi, termina el ensayo, sino fuera porque acaba donde comienza, en la casa, La casa de la vida.

Sergio Rubira